

Hablo de Luis Oyarzún, del Grupo Trilce, Etcetera

por Omar Lara

Algunos poetas chilenos como Braulio Arenas,
El viejo Hubert Cornelius (que por una extraordinaria
circunstancia nació en el sur de Chile)
Y el “mágico maestro” Luis Oyarzún
Fueron seducidos a primera vista
Por la ondulante cola del río Valdivia.

A Luis Oyarzún lo encontré varias veces
Oscilando sin precaución al borde de los roqueríos
Y al verme me contaba la historia de todas las plantas
Flores, arbustos, hierbas medicinales,
Cualquier olvidable, inadvertida hilacha verde.
Sorpresivos tesoros silvestres al alcance
De sus ojos.
Y esto lo relacionaba con sus viajes a Colliguay
O a la China o a la casa de Jorge Millas que tenía,
Junto con su madre, una crianza de gallinas
En las faldas de un cerro cerca de Santiago
Desde allí iniciaba accidentadas peregrinaciones
De carácter botánico, con el mismo Millas y con otro poeta
Que en ese tiempo venía bajando del Olimpo.

Uno de los últimos recuerdos de Valdivia y del Grupo Trilce me instala en un automóvil de la Universidad Austral. Apretujados en su interior Luis Oyarzún, Enrique Valdés, Federico Schopf, Walter Hoefler y yo mismo. Nos dirigimos tal vez a La Unión, o a Río Negro o a Lanco. Allí leeremos nuestros poemas ante un público heterogéneo, escéptico, aburrido, indolente o interesado, de pronto cautivado enteramente por la presencia de ese caballero mayor y, sin embargo, el más joven de todos nosotros. Ese caballero que se dirigía a ellos en un lenguaje de exquisita cortesía y comprensión. Porque Luis Oyarzún fue nuestro último compañero de grupo. Uno de los contados habitantes del “único lugar habitable”. El maestro y el niño, el cautivante pedagogo, el ecologista adelantado, pero también el sarcástico implacable y el refunfuñón rencoroso.

“Ají confitado” llamaba a un personaje de la Universidad, cuya empalagosidad no toleraba. Y en su diario (1951) escribe: “Almuerzo con RH. Anoche lo tomaron preso por sospechoso y lo golpearon en la Comisaria. Su delito consistió en pasearse solo por las calles. Un carabinero le pidió su nombre y el se negó a darlo. Fue llevado a una comisaria cerca de la iglesia y allí sorprendió al oficial con un suboficial, lo que empeora su causa. Como es sordo, seguramente excitó la impaciencia y la brutalidad de los hampones policiales. Ha sido arrestado ya muchas veces sin culpa alguna. A mi me despertaron dos agentes después de las 4 de la mañana, para decirme que R. estaba arrestado y que deseaban establecer su domicilio y oír de mí el testimonio de su honorabilidad. Una gran pereza me impidió levantarme y creo que, demoniacamente, me gustó en el fondo que él sufriera. Había sentido contra él un odio violento durante la noche”.

Dije ecologista adelantado. Dije bien. ¿Está todavía en Valdivia, frente a la Plaza de Armas, el llamado “árbol de Lucho”, que el defendió con dientes, uñas, inteligencia y obstinación, de su masacre? Y sus libros, y sus poemas, y su caminar nervioso y acechante ante cada pequeño milagro natural. “Un ojo adentro de otro/ y otro más/ otro más/ hasta ver por fin/ un ojo adentro de otro/ y otro más/ y otro más/ hasta ver...”

Y sus improvisaciones. (¿Improvisaciones?) Aún recuerdo sus clases de filosofía, obligatoriamente “abiertas”, pues además de su curso normal se agolpaban en las ventanas decenas de asombrados curiosos, de embrujados oyentes. Incluidos algunos profesores. O su discurso de homenaje póstumo a Alfredo Lefebvre, en esa Iglesia Luterana que cobijó

tantas y tantas actividades de nuestro Departamento. Un discurso perfecto, estremecedor y delicado, apasionado y erudito, casi una música. Temo que nadie grabó esa pieza memorable. A ningún contertulio de nuestra “oficina” de la Plaza de Armas, a ningún gorrión, a ninguna hoja de eucalipto, a ningún abejorro, a ninguna brisa crepuscular se le ocurrió advertirnos. ¿Dónde andarán esas palabras? Y algunos poemas que se perdieron implacablemente, como esos que escribió en el Guata Amarilla, cuando encabezó la cruzada en pro de hacer de una vez por todas edito a un célebre poeta inédito: el Chico Molina. Escribimos entonces una veintena de poemas para publicarlos bajo el noble nombre del personaje mas renombrado y mas parco de la historia de la poesía chilena. Tal vez a nadie se le ocurrió guardar ese manojo de servilletas, demasiado frágiles para resistir el vendaval que se acercaba al son de los tambores de ese invierno, mientras en el río, frente a nosotros, unos patos nadaban con absoluta indiferencia. Recuerdo que en esa misma mesa, frente al mismo río (¿o no siempre miramos el mismo río?), una amiga periodista me había hecho el deslumbrante regalo de invitarme a almorzar con Graham Greene, uno de mis escritores mas admirados, justo en el día de su cumpleaños.

De ese río viene un susurro de agua y un susurro de
Palabras;

El golpeteo nervioso nervioso, calculado
De las embarcaciones;
Pausadas y subterráneas lamentaciones
Que parecen salir de la cervecería abandonada
O del pequeño cementerio de los Anwandter;
Suaves aletazos de peces que saltan
Cerca de los botes.

La palabra
Que es decir línea inquietante
En el aire

En las ondas
Cuando acechan veladas formas de soledad o
Recuerdo

Cuando acechan veladas formas
De la ausencia
“pues nadie esta más solo que el que ha visto
¿dónde?
La suprema claridad o la oscuridad perfecta”

Luis no solamente era el más animoso y divertido entre todos nosotros. No sólo el más inteligente, sabio y despierto sino, que duda cabe, el más joven y enérgico, el más imaginativo. Así, cuando en 1982, la revista TRILCE le dedicó un modesto homenaje, Eugenio Matus (otro maestro mágico, liróforo celeste) lo evocaba con acierto: “Viéndolos participar en recitales, en mesas redondas uno se olvidaba de las distancias generacionales, y se olvidaba también (y eso es lo mas importante) de que los unos eran jóvenes que se iniciaban en la poesía, cuyo talento tenía que hacer todavía un largo camino para ser reconocido, y Luis era un intelectual famoso, un hombre con una historia brillante y un reconocimiento internacional. Pero Luis no hacía caso de ésto, y si los poetas jóvenes partían a dar un recital a un pueblo vecino, allá iba él con ellos, y si había que dar una charla donde se le pidiera, allá iba él y la daba. Cuánta gente se habrá equivocado con él, por desconocimiento, por ignorancia. Porque el poeta insigne, el filósofo, el profesor profundo y admirado, el conocedor de tantas cosas y laureado de tan diversos modos, desempeñaba su cargo de Director de Extensión Cultural de la Universidad Austral de Valdivia, de la manera menos aparatosa del mundo”.

Hay quienes transitan como sombras
Por costanera y plazas deshabitadas, por paisajes
Que recuerdan desoladas pinturas de Nemesio
Antúnez; por calles con temerosos automóviles
Y roncós, sí, y seguros motores de máquinas mortales
Y botas
Que se mueven y ofenden carne tibia, amordazada
Que mejor estuviera
¡ay!
En el amor o el trabajo.
Y no es la soledad ciertamente lo ilógico
De esta situación
También lo adjetivo de ella, lo que rodea
Ese inmenso pozo escupido.

Con Luis organizamos el Encuentro Ocho Años de Trilce, en 1972, y a él se le ocurrió la iniciativa de incluir en el programa una Exposición de escritores pintores, donde se mostraron trabajos del mismo Oyarzún, de Enrique Lihn, Walter Hoefler, Andrés Sabella, Guillermo Deisler, Carlos Olivarez, entre otros. El Premio de Poesía TRILCE, establecido en 1972 (y que iba a ser anual) se llamó a la muerte de nuestro amigo, Premio de Poesía Luis Oyarzún. No está demás recordar que en su primera y única versión el galardón lo obtuvo el poeta Manuel Silva-Acevedo con su celebrado poemario “Lobos y Ovejas”.

Durante algún tiempo fui su colaborador inmediato en el Departamento de Extensión de la Universidad Austral. Aunque cuando me llevaron a la cárcel de la ciudad la notificación de despido, en noviembre de 1973 – por ausencia injustificada- se indicó como mi función en la casa de estudios la muy prestigiosa aunque inexistente de “cuidador de bibliotecas”.

Luis, te sorprenderías
Si al vigilar amorosamente tus plantas y al intentar
Describir minucioso
Pecíolos y descendencias,
Estambres y parentelas
Hallarás no savia que corre: una baba asquerosa
Ha disminuido la vida que amaste y conociste,
Matando plantas y pájaros, destruyendo lo construido;
En el río no peces, no pequeños objetos tirados
Desde el puente,
No botellas de destino indeciso,
Cuerpos sin vida de quienes la tuvieron, cuerpos
Que un día fuimos tu y yo.

“Cuidador de bibliotecas”. ¿No habría sido mejor “cuidador de plazas y jardines”? O “cuidador y vigilante del aire y de la luz”. Pues eso éramos, de alguna manera. Nuestra oficina era un banco de la Plaza de Armas (no era una oficina desdeñable, en verdad), desde donde oteábamos los

alcances de nuestros afanes. Que no fueron magros. No es el caso realizar aquí la revisión de esos haberes, pero debo confesar que en más de alguna ocasión mi proclamada condición de gestor cultural audaz y progresista fue humillada por las iniciativas verdaderamente audaces de mi director. “Los obreros nunca vendrán a una exposición de pintura. Entonces llevémosle la pintura a sus lugares de trabajo”, me dijo una vez. Y partimos con nuestros cajones y escaleras al astillero de Valdivia.

Otros tiempos, cuando la palabra utopía se podía pronunciar sin pudores. Otros tiempos.

Así, la geografía de Valdivia ha cambiado.
No solo la geografía.
Del grupo de encantados que escuchábamos tus historias
Sobre Juan Ramón Jiménez, la Gabriela, de todo ese mundo
Fabuloso que viviste,
Ya no queda ninguno, estamos desperdigados. Yo
En el Perú, de los otros
No tengo noticias.